

Los raros Rituales

Rosa Beltrán

Invento posturas, repito un mantra mientras bajo y subo con las piernas abiertas y vuelvo a una misma palabra, me concentro. Por poco tiempo. No alcanzo a pronunciar el siguiente OM cuando oigo un chiflido de los que los hombres lanzan a las mujeres, en este caso con clara intención irónica, quizás un trabajador. Otro hombre con su hijo y dos perros pasean; el hombre, al verme, llama al niño con desconfianza, el dueño de la casa frente a la que estoy se detiene en su auto, me observa, decide si debe llamar a vigilancia o no. Pero basta con que me incorpore, me sacuda el pasto de la ropa y me retire con gesto indiferente, para que todos respiren y vuelva la calma. Ya no está haciendo “cosas raras”, qué alivio. El hecho convencional es lo que nos une. No el acto cotidiano, sino el acto convencional. Aunque no tenga un sentido trascendente. Aunque nos paralice y ha-

ya asesinado algo, no sabemos qué. Frente al sentimiento profundo de la palabra repetida para sí, del movimiento para uno, el gesto que nos incorpora a la tribu es vital. Pero ¿qué son los ritos propios que descubrimos con la edad? Ese montón de hábitos que se vuelven manías a las que no podríamos renunciar. ¿Asideros a qué?

En cambio, el ritual convenido y vacío pero repetido por miles, nos hace pertenecer. Los hago asentir; la gente me sonrío. Compongo una narrativa legible. La trama sin historia.

Pero aún si aceptara —cosa que sería imposible para quien sea— renunciar a cualquier rito de mi invención y me amoldara a los hábitos y prácticas de una época y una edad, ¿cuánto tiempo podría seguir practicando ese acto gestual sin ser vista con suspicacia? Hay ritos que habiendo sido convencionales en esta ciudad se han vuelto

exóticos. Como caminar, por ejemplo. Pasear, sin el apremio de llegar a un punto por necesidad. La poesía y las crónicas modernistas de principios de siglo que hablaban del *flâneur*, ese imán andante que iba acumulando experiencias al tiempo que sumaba pasos es un animal en franca extinción. Ese uso del cuerpo y del tiempo libre es uno de los tantos rituales que probablemente en un tiempo no lejano no volveremos a experimentar los que aquí vivimos, a riesgo de ser vistos como extraños. Otros más: la conversación sin tele de por medio, en las noches, las visitas a amigos y parientes por las tardes, las tertulias en cafés. Los contactos sin mediación de pantallas. De los rituales a punto de extinguirse hay uno que pronto definirá a una generación. El hábito de leer periódicos en papel. La crisis de la prensa ha sido un tema recurrente en diarios estadounidenses (Murdoch) y es-



pañoles (AEDE y PRISA). En ambos casos se habla de “malos tiempos”, de caídas de ingresos, reestructuraciones y ajustes. Recetas para escapar de la debacle, una de ellas, la fusión de la versión digital y la prensa escrita. Suena lógico, incluso conveniente. El gasto de papel es antiecológico e inútil y si a eso se suman las muchas secciones vacías de contenidos el dispendio resulta inaudito.

Pero el medio no sólo es el mensaje, sino la forma en la que experimentamos el mensaje. Internet exige velocidad, no rigor. La morosidad es un lujo que los medios digitales no se pueden dar. Los lectores son —seremos— más superficiales y al mismo tiempo más informados. En prensa, se habla de la inoperancia de los editoriales de fondo y el hábito de la “rumia” de noticias como un hecho inevitable, dado que muchas se replican a través de los distintos formatos cuando se vuelven # (*hashtag*). Entre los rituales por desaparecer hay uno sobre el que me gusta preguntar a las generaciones más jóvenes: estar en silencio a solas. Si esto parece, como hábito, raro, bastará con detenerse a pensar que eso es lo que se necesita para leer. Sin uso de multipantallas. Pero ¿por qué sin uso de multipantallas?, puede alguien preguntar. De acuerdo, entonces hablemos de que está a punto de extinguirse la forma de lectura de la era Gutenberg, tal como la llegamos a conocer.

Y en cambio, se han ganado y se ganarán nuevos rituales. “Elecciones a la carta” las llama Lipovetsky. Que cada quien se haga un menú personal a cada paso, con sus gustos personales, sus convicciones e idiosincrasia útiles para cada momento, antes de que llegue el instante que sigue. “*My own personal Jesus*”, como dice la canción. Una religiosidad pagana que puede (o no) incluir alguna o varias ideas de Dios. Cristales, signos del zodiaco, artistas de cine y televisión, tatuajes y ferretería en el cuerpo y el rostro y estampas de santos en la bolsa, todo cabe en la nueva conformación mística donde nadie nos quemará —en las democracias del neoliberalismo, cuando me- nos— en su inquisición particular.

Lectura incesante: correos electrónicos, Facebook, Twitter; sustitución del género epistolar a cambio de acceder a amigos que se cuentan por miles. Llamadas telefónicas (muchas) a muchos o repetidas

veces a uno o a pocos, pero llamadas en número creciente (vean sus pagos de celular y compárenlos con los de años anteriores). Envío de imágenes y consumo de éstas a través de los distintos medios. Un hábito creciente de viajar ligero (restricciones de equipaje, tabletas) y de viajar más. Movilidad incesante. Ver el mejor cine en tu casa aunque el mejor cine no incluya la oferta de las cintas que no llegan a exhibirse ni venderse ni distribuirse nunca, salvo en festivales y de forma ocasional.

En este nuevo contexto, el coleccionismo adquiere un papel central. Hay una suave exigencia de la era del consumo global que nos impele a la colección. Nos hemos vuelto coleccionistas: de amigos, de men-

sajes, de *e-books*, de música, de paraderos (números telefónicos, direcciones electrónicas de personas y de sitios). Mucho de lo que nos movemos se vuelve “favorito”.

Nos queda el consuelo, en esta inmensidad ritual, de saber que no podemos morir mientras la colección no esté completa. Mientras los asideros personales crecen y nos volvemos extraños a otros sólo durante el instante previo a que ese ritual se vuelva obsoleto, nuevas formas de adecuación son adoptadas por multitudes que son ellas mismas durante un suspiro.

Ese es el sentido de coleccionar. Aplazar la muerte y mientras coleccionamos, confirmar que estamos vivos. **u**

